

## EN TORNO DEL UNIVERSO Y DE LA NATURALEZA, O DEL DRAMA EN LA FILOSOFIA DE GEORGE BERKELEY

*Antonio Butrón*

Dirigir la mirada a un filósofo vapuleado, fuera de moda, y antipático a quienes se sienten llamados a realizar la nueva tarea del pensar, resulta singular.

Singular podrá ser, a tal tenor, la expedición del motivo. Un motivo que se compone, que transcurre bajo diversas facetas.

Facetas como la de entender el horizonte mundanal de un importante y numeroso grupo humano como una mezcla de realismo ingenuo y acerbadado con una fe tética fuertemente asentada. Y el suponer que es en Berkeley en quien mejor asoman los fundamentos de un entendimiento así. Facetas como la de entender que para arribar a Hume es vital la comprensión de Berkeley. Y que es con el nudo humano con el que se ha de tratar básicamente para forjar hoy una aceptable pintura filosófica. O como la del encanto de toda postura del pensamiento en el siglo de la Ilustración, gozosa de una pujanza a la que miramos con la envidia del menesteroso al bienaventurado.

Grandes y pequeñas razones pueden esbozar motivación de un quehacer acerca de la filosofía de Berkeley. Y, a todas ellas, una caminata sencilla y aún trivial parece estar respondiendo.

Mas, de lo hecho, de lo comprendido, pongamos un incitativo. Lancemos una pincelada de lo que parece escenificarse en el quizá principal libro de Berkeley: su "A Treatise concerning the Principles of Human Knowledge".

No se empieza reconociendo en Berkeley la existencia del escepticismo sino para afianzar de inmediato un claro optimismo en las posibilidades cognitivas del hombre. Un optimismo que se guarece en la sindicación de la naturaleza entera como lenguaje de Dios y del espíritu humano como receptor de ese lenguaje.

El escepticismo es dable en el nivel de los quehaceres intelectuales. El hombre que se apega al sentido común no suele llegar al escepticismo. Es el hombre de la razón el que se pierde entre laberintos. Para el hombre del sentido común hay clara una respuesta, una guía: he ahí, pues, a la Providencia divina.

Por ende, el difícil camino del intelecto no puede, por su fracaso, tachar el presupuesto de la benevolencia de Dios. No se puede poner en tela de juicio la voluntad divina. La hipótesis escéptica de la impotencia del intelecto no encuentra base. Y buscando la causa del fracaso de la filosofía tendríamos que cifrarla en el mal uso de nuestras facultades; pues, estando en el objeto del conocimiento o en la potencia o posibilidad del sujeto cognoscente llegamos al caso de querer conocer y no poder hacerlo, supuesto que atenta contra el de la benevolencia divina.

Hay que estudiar entonces el acto del sujeto cognoscente. La actividad del espíritu,

en la cual toma parte la libertad humana. Hay que buscar entender el desarrollo del conocimiento filosófico. Hay que examinar los principios del conocimiento humano.

Se tiene, en primer lugar, un horizonte: la experiencia como el lugar del que toda idea recibe su contenido. No se puede rebasar ningún límite de la experiencia. Es nuestro medio de tomar contacto con la naturaleza.

Dentro de ella, de la experiencia, cada hecho es presencia de un vocablo divino; cada hecho es un signo que la voluntad superior ofrece como lenguaje a los oídos humanos. Mal se pretenderá, por tanto, llegar al conocimiento si se malinterpretan los signos. Deben pues las ideas una fidelidad cabal a la experiencia. Y, por lo tanto, no hay razón para hablar en términos de ideas generales abstractas pues éstas no guardan la necesaria fidelidad.

En efecto: ¿qué quiere significar el que habla de ideas generales abstractas? Quiere significar que la mente es capaz de percibir el color rojo y el movimiento circular separados del objeto; que es capaz de percibir el color que vemos en varios cuerpos sin configurarlo en ninguno de ellos; o de percibir el movimiento o la extensión de manera similar. Peor aún: se quiere decir que se perciben conjuntos de todas estas supuestas percepciones, sin tomar en cuenta que en las separaciones de las ideas resultantes respecto a las percepciones originales se rompe ya el vínculo con la experiencia.

A consecuencia de este viciado procedimiento no es raro encontrarse con la más absurda de las falsas ideas: la de una entidad que se cree percibir siempre, en todos los casos, sin que se pueda responder cabalmente de ella en ninguno de ellos.

Es como pretender percibir un triángulo que es a la vez isósceles, escaleno y equilátero, y al mismo tiempo no es ninguno de ellos. Y la verdad es que no hay la posibilidad de concebirlo, es decir: de arribar a él en función directa de la experiencia; y no hay tampoco la posibilidad de imaginarlo, es decir: por el poder mental de jugar con la experiencia, con lo que nos dejan nuestras percepciones. Y hay, en cambio, bajo el procedimiento viciado una falsa valoración del intelecto al creer que, porque nuestra mente evoca en forma distinta a la percibida los objetos de la experiencia, tales evocaciones tienen carta de existencia, salvando así los límites de la experiencia.

Y no hay nada más saludable para el logro de los fines de la filosofía que saber los márgenes de los medios con que contamos.

Así, resulta cierto que podemos imaginar cualidades separadas de los objetos en que las percibimos, pero es eso cierto sólo cuando esas cualidades pueden ser percibidas también separadas de los objetos en que las hemos percibido, es decir: cuando la experiencia si lo permite, en tanto se ofrece esa posibilidad.

Y también es cierto que usamos con cabalidad las ideas bajo los visos de la generalización. Esto porque tenemos un cúmulo de percepciones asociables; pero eso no significa que cuando hablemos de la idea general de triángulo estemos señalando la existencia de un triángulo general abstracto, sino que para fines determinados como el de la comunicación usamos un triángulo particular que representa la generalidad de triángulos según lo que tenga de apropiado al caso.

Mal estará la pretensión, por tanto, de entender cada signo del lenguaje como portador o correlato de una idea, cuando la universalidad de la vida estriba únicamente en la relación funcional de una idea con otras a las que pueda representar.

De este modo, puedo atender una cualidad de varios objetos atendiéndola en uno solo, lo que no significará que haya percibido en momento alguno un objeto que produzca una idea general abstracta. Y la generalidad en el lenguaje no significará sino una función de representatividad que asume el signo lingüístico al modo como, por ejemplo, se usa en el lenguaje algebraico.

Aparte esto, el lenguaje no cumple un rol de simple traspaso de ideas. Hay que reconocer en su empleo la acción de la voluntad humana en ejercicio de la libertad del espíritu. Acción que mezcla, por lo tanto, deseos individuales que comprometen la pu-

reza del lenguaje divino. En la libertad del hombre y su secuela de costumbres, es decir, en el mal uso de su libertad, está la causa de la dificultad de asumir el mensaje divino en su natural pureza. Pureza que es necesario buscar para la comunicación.

Nos evitaremos entonces las controversias inútiles, las ideas sin significado, términos sin el contenido que les debe brindar el auténtico lenguaje: el proveniente de Dios. Evitaremos el paso de las ideas generales abstractas. Evitaremos, en fin, el error. Pues, al contener y discurrir en la mente ideas que provienen cabalmente de la experiencia no habrá la posibilidad de desviarse de las vías que la voluntad divina ofrece con su lenguaje.

Hasta aquí la pincelada con trabajo esencialmente de la introducción del libro.

Y sea el primer comentario para elogiar la claridad del pensamiento berkeleyano. Claridad que permite eslabonar paso a paso cada una de las argumentaciones, bajo la visión sintética del autor.

Al decir sintética queremos significar que hay un claro marco en el que todo análisis se mueve: el de su visión mundanal. Esta configura una entidad creadora y su obra, su creación.

Berkeley es un claro postulador del supuesto mundanal de Universo. Y el drama de su filosofía es el conflicto entre Universo y Naturaleza. Es el conflicto entre la entidad mundanal que germinó con el pensamiento cristiano y la entidad que surgió en los decenios anteriores a Berkeley. Y él aparece como un filósofo consciente que contempla las limitaciones de una interpretación superficial de Naturaleza. Y si pareciera poder decirse que ni Descartes ni Leibniz tienen claro lo que está en juego, y que Kant es un drástico explicitador de la Naturaleza, no parece poderse dejar de reconocer en Berkeley la comprensión del paso dramático a que impulsa la visión de "lo natural" en desmedro de la postura por "lo universal".

Y comprender, en Berkeley, es oponerse. Oponerse a partir de los resultados de una fácil y apresurada interpretación de esa Natura y de sus leyes. Y oponerse no con la posición de un simple conservador del pensamiento tradicional sobre Universo, sino con la asunción de los visos más saludables de esa Natura que combate.

Precisamente, un gran valor en él reside en el tomar lo que de evidente tiene esa nueva visión y, con ello, buscar de llevar nuevamente el ímpetu intelectual por los caminos del Universo.

El apego a esa visión de una creación es el telón de fondo bajo el que Berkeley no encuentra lugar al escepticismo. Y la restricción de la razón a partir de la experiencia, que el auge de la ciencia configura en su época, le sirve para desembocar en un optimismo radiante al reparar en otro campo dentro del cual la acción divina se hace más clara: el del sentido común. El fracaso filosófico es entonces achacable a la falibilidad humana. No hay lugar para poner en tela de juicio la providencia de Dios. Y, por tanto, existe fundado motivo para seguir partiendo de los postulados del Universo; y eso se hará mostrando cómo los nuevos conceptos, las nuevas ideas, al parecer incongruentes con esa visión de un versador y su verso, de un artesano y su obra, sí hallan la compatibilidad deseada. Tal compatibilidad tendrá que lograrse poniendo en juego los supuestos de la experiencia y de la voluntad divina. El mecanismo de Berkeley es sencillo. Así los hechos que impactan la mente, las impresiones, las ideas, no pueden ser sino manifestaciones divinas. Han de ser expresiones de la voluntad de Dios. Han de configurar un lenguaje divino. Han de constituir el mensaje continuo que el ente supremo envía a los espíritus receptores, al modo como un remitente se expresa con un mensaje a un destinatario. Ese medio de expresión lo constituye la experiencia; una experiencia que no se entiende sin una voluntad casual, porque el contenido que llega por la experiencia es un contenido ofrecido al espíritu humano, y un contenido que requiere un oferente; y un oferente supremo dada la perfección de la ofrenda.

He aquí cómo Berkeley engrana lo esencial del método nacido del postular por una Natura y sus leyes con el de la visión de Universo. Hay lugar para la observación científica, para la experimentación; y, en ellas, hay lugar para la revelación divina en el sentido de lo revelable, de lo comunicable en forma natural .

Y bajo este engranaje, en el que la función perceptiva cumple el papel que por su propia fuerza iba tomando dentro de los cánones del pensamiento, desaparece lo esencial del postulado por la Naturaleza como visión suplantadora del Universo: el entender que todo está inmerso en una entidad extrínseca al espíritu; extrínseca en el sentido de no depender de él y sí, más bien, de sobrecojerlo. Desaparecen la materia y las leyes de esa materia. No hay lugar para el remitente que no sabe expresar mensaje.